

Musas futuras

RODRIGO ALONSO

Hoy estamos fastidiando a este tipo. Sí, a este que está escribiendo. Nos aburríamos tremendamente y, como cada vez que ocupamos manifestarnos sin dar mayores señales, se nos presentó algún aspirante a artista.

Hacía días que a este sujeto se le metió en la cabeza que ya era hora de publicar sus cuentitos y se alborotó con la idea de escribir y escribir hasta tener un volumen respetable de relatos que demostraran que quizás no era tan malo para ese oficio y a lo mejor alguien le diera bola. En fin, que hacía tanto que le daba vueltas y vueltas al asunto y era tanta la preocupación de que no le pasaba nada nuevo o brillante por la cabeza, que decidimos desahogarnos un poco. ¡Es tanto lo que tenemos que contar acerca de lo que ustedes ni se enteran! (¡Ah!, ya sabemos que alguno habrá recibido un guiño y pensado: “Un momento, no me subestimen, yo sé bastante”). Pero si tenemos tan arrogante certeza es porque si supieran en verdad lo que nosotros, estaríamos entonces haciendo mal nuestro trabajo, y por los frutos sabemos que hemos realizado todo tal cual lo planeado. He ahí nuestra libertad para subestimarlos).

Basta. No piensen que nos vamos a adelantar. Queremos contarlo bien, en orden. Empecemos con que para motivar a este escritor a que contara esto tuvimos que interrumpirle el sueño con unos gatos jugando en el techo salidos nadie sabe de dónde (excepto nosotros, por supuesto). El tipo, ya fastidiado, sale de su cama, espanta a los gatos y luego, al intentar conciliar el sueño, no puede dormir. Se le revuelven un poco las idioteces que lleva siempre en la cabeza y se percata de que ya lleva dos horas más o menos de estar pensando tonterías y estar pariendo con sus espejismos, así que en una de esas le caemos directamente y le recordamos aquello del furor poético de que hablaba el tal Platón. Le gustaba pensar en Platón dado que recién acababa de leer varios de sus diálogos, y con la idea fresca en la cabeza, a este se le ocurre interpretarlo como que al rato y sí hay alguna musa que le dicta a la gente las cosas, pero que está tan escondida

que nadie se da cuenta; y si bien él está consciente de que en el siglo XXI ya están como muy adelantaditos para creer en las musas o entidades de ese tipo, lo cierto es que no han dejado de creer en ovnis, fenómenos paranormales, santos, Dios y otras cosas igual de fantásticas. De todas formas se imagina que quizás sí hay las tales musas y que, precisamente por esa característica de sus contemporáneos de creer en algo sí y en algo no, es que estas ya no son tan manifiestas, o que quizás sucede que no son como las imaginaba Platón.

Lo correcto para el caso presente, dejando de lado a los griegos, es que nosotros sí cumplimos una función similar y, al igual que ellas, estamos ocultos y nadie cree en nosotros. Y esa es nuestra arma. Ahí le caemos a este pobre y novato escritorcito con la pregunta: “¿Y qué tal si alguien, desde el futuro, se comunica todos los días y nos dice cosas que creemos que nacieron de nuestro ingenio pero que en realidad son ideas de esos del mañana para que nosotros las realicemos y así se vaya configurando su presente?” No le parece mala la idea, solo que él es de la opinión de que esos temillas de conspiraciones y cosas por el estilo son muy trillados y además le resultan bagatelas de gente crédula, público al que no tiene mayor interés en conquistar.

Con todo, no desecha la posibilidad. Es más, una vez aparecida la idea (o más bien, una vez que se la implantamos) decide darse a la tarea de levantarse a escribir. “Sí, ¿por qué no?”, se pregunta. Deberían ver su rostro o, como hacemos nosotros, sus movimientos neuronales ahora que se le están agolpando las ideas con las que podría jugar para ir relatando cómo nos hemos burlado de ustedes, cuales chimpancés de laboratorio, únicamente para que poco a poco vayan moldeando nuestra realidad. Al principio lo va pensando solo como para entretenerse porque está seguro de que el Asimov, el Huxley o algún otro ya habían escrito de casos parecidos de configuración inconsciente, y aunque está seguro de no poder hacerlo mejor que ellos, por otra parte se emociona porque con mayor razón imagina que la manera en que hemos pasado desapercibidos es ocultándonos tras la ficción y el entretenimiento. “Sí”, sigue como excitado con la idea de levantarse de su cama en la madrugada y ponerse a escribir, aunque sea para ver si concilia el sueño. “Pero es que levantarme otra vez... ¿Y si mi mujer se despierta?... Bueno, por lo menos mientras me echo la meada de la que me estoy aguantando desde los gatos cabrones... Sí, no está mal, me traigo un cuaderno, lo pongo bajo la almohada y en medio de la oscuridad anoto algunas ideas de estas y mañana veo si me sirven de algo.”

Y ahí va el títere, luego de orinar, acostado en su cama, a oscuras, apunte y apunte sus ocurrencias, sospechando a menudo si de verdad no será que alguien le está soplando todo esto. “No sería malo el juego de que lo que escribo son cosas susurradas a mi mente por una entidad ajena a mí y que creo ser yo quien escribe”. Se apresura entonces a garabatear más rápido de la forma en que sea posible con tanta oscuridad, sin detenerse para que no se le escape nada y con el miedo de que, por no poder ver y por tanta prisa, al día siguiente no pueda entender los jeroglíficos. “Mejor me duermo... pero, ¿y si mañana se me olvida? ¡Mierda!, estoy seguro de que esos hijueputas del futuro me están güeveando”.

Claro, en el fondo lo piensa en broma porque quiere y no quiere creer que existamos, porque sabe que todo, absolutamente todo lo ha escrito él, aunque jugando a que nosotros le dictamos y que él es solo la máquina que escribe de lo que le está sucediendo pero desde nuestra perspectiva (y él seguirá fingiendo que todo este relato es un juego pese a su incertidumbre. Bien por nosotros). Y es que de eso se trata, de que siempre quede la duda e inclinarse por (encontramos un término divertido en este cerebro) el *chingue*, por la ficción, por las mentirillas y el supongamos.

“¡Putá!”, exclama con alegría; eso porque ya la idea anidó y le gusta más que nunca; a su mujer no mucho puesto que se revuelve en la cama con nuestro susurro que no es otro que el rasgueo estrepitoso del lapicero contra el cuadernillo y el crujir de las hojas que pasan una tras otra. Por fin éste se levanta calladito, se pasa al cuarto de al lado y ahora sí que está en el colmo del éxtasis sintiéndose el escritorazo, y además con aires de excentricidad con eso de levantarse en la madrugada a escribir.

Ahora que ya tiene tiempo, se apresura a transcribir a la computadora todo lo anterior que antes estaba en los papelitos. Se apura para poder continuar la historia y aquí es donde sigue escribiendo pero desde su teclado.

“A ver, a ver... ¿en qué estaba?... ¿ya no van a seguir inspirándome mis musas futuras?... ¿Me senté frente al monitor para nada?”

Decide apagar la luz del cuarto y quedarse solo con el reflejo de la pantalla, así se siente más inspirado, y ahí aprovechamos para continuar nuestra cátedra, pero, ahora sí, entrando en materia de verdad.

Somos los historiógrafos, pero distintos de los que se conocen en su época. El nombre es más acertado para nosotros porque escribimos la historia, realmente lo hacemos, así que no se crean mucho lo que les enseñan en las escuelas de que ustedes construyen el futuro, ¡qué va!, eso lo hacemos nosotros: forjamos nuestro presente a base de ir delineando el pasado. Ustedes solo son marionetas, claro, con la ventaja de que no saben que lo son. Tenemos capacidades que ustedes no conciben y he ahí que nos sea posible entrar en sus mentes desde nuestra era para ir cincelando lo que será nuestra realidad. No vamos a dar detalles técnicos de cómo hacemos esto ni qué otras cosas logramos en nuestra época, porque el conocimiento adelantado siempre trae consecuencias; solo les vamos a confesar que actuamos en ustedes, y si admitimos esto es porque, quiéranlo o no, van a hacer lo que nos place. Ustedes quizás pensarían (en caso de que se estuvieran tomando esto en serio) que no están dispuestos a hacer lo que otros atrevidamente les indiquen, pero es que ni cuenta se van a dar porque todo será siempre en forma de ideas inconscientes, ocurrencias, chispazos creativos que adjudicarán a su propio ingenio; y aunque llegasen a sospechar que sus ideas no son en verdad fruto de su mente (como el caso del sujeto que está tecleando todo esto), se volverían locos pensando qué ha sido propio de ustedes y qué no. No creemos que sean capaces de someterse a tal tortura, aunque los hay que sí y se llaman esquizofrénicos y paranoicos, y sus finales no suelen ser agradables.

Así entonces es como ustedes pueden entender (si es que se lo habían llegado a preguntar) cómo es que en cuestión de solo tres siglos, desde el XIX hasta el

XXI en el que ustedes están, la humanidad logró en materia económica, tecnológica, científica, filosófica, política y otras, descubrir tanto y avanzar lo que en muchos siglos no fue capaz. ¡*Voilà!* Fuimos nosotros, los historiógrafos, encargados desde el futuro de irles inspirando ideas y sugiriéndoles procedimientos, paradigmas, métodos, nuevas metas y todo lo necesario para que nuestra realidad fuera una cosa posible.

Sí, ya sabemos que esto es medio confuso y *jalado del pelo* para crearlo, pero no nos importa, al contrario, eso queremos, que no se lo crean. Si algo es inverosímil, lo desecharán de su mente al instante y así seguiremos trabajando. Ahora bien, tampoco es para que nos odien o nos teman puesto que en tanto estamos trabajando por nuestro presente y estemos para eso utilizándolos, ustedes pueden estar felices de que han alcanzado cosas que por sí mismos no hubieran logrado realizar. Perfecto ejemplo de cambio por contacto dirigido que ustedes creen inmanente.

Se preguntarán también, ¿cómo es que conociendo nosotros todo lo que va a suceder, siendo que lo estamos dirigiendo todo, suceden tantas cosas malas y que no calzan con la idea de un futuro ideal: contaminación, crisis energética, alimenticia, social y económica? Decimos que todo eso es parte también y obviamente lo hemos contemplado, solo que tenemos prioridades y sus crisis no nos desvelan siempre que sea posible encontrar un lugar donde ustedes puedan dar a luz un cerebro apto para dejarnos trabajar (los que ustedes llaman genios) y otros muchos para seguirle y dar vida a sus ideas. Lo demás está de más; ni siquiera la propia Tierra es mayor tema para nosotros... ¿O qué, se creían que siendo tan superiores como lo somos, nos íbamos a desarrollar en semejante basurero donde además no íbamos a caber?

Vendrá ahora la cuestión de por qué estamos siendo tan explícitos con ustedes y relatándoles esto, por qué estamos dando la cara. Bueno, con todo, seguimos siendo humanos y de vez en cuando el gusanillo de hacernos oír nos tienta, así que utilizamos como marioneta a un escritorcito de poco futuro, como este madrugador que tiene como agregado el pertenecer a un país tercermundista. ¿Quién le va a hacer caso? Además ustedes tienen claro que la ciencia ficción es un género menor, sobre todo en literatura; así que con estas tres premisas: escritor novato, país casi desconocido y ciencia ficción de baja calidad, ¿por qué preocuparnos?

Solo imagínense a este tipito tal y como lo estamos mirando: no sabe ni qué hacer con tanta loquera que le sigue saliendo de la cabeza, solo acata a seguir tecleando y reírse sorprendido por el juego con el que lleva ratos entretenido en escribir e imaginarse que todo es influencia nuestra y él en verdad es casi como un profeta del futuro.

En fin, podríamos seguir mil noches enteras relatándoles todas las formas en las que los utilizamos y todos los retos en los que tendremos que irlos conduciendo inspirándoles ideas, no para su bien (aunque éste esté implícito) sino para el nuestro. Y cada vez que alguien, sin que nosotros lo hubiéramos querido, pareciera habernos hallado la pista y sospechar de nuestra existencia, haremos aparecer, como lo hemos hecho siempre, algún suceso en el mundo científico, al-

guna catástrofe militar o algo relacionado con su cultura popular, eventos de ese tipo para desviar la atención de ustedes mientras nos ocupamos del sospechoso entrometido. Y ustedes seguirán afanados, como es su costumbre, por tanta cosilla sin importancia que hagan sus ídolos, votando por ellos en sus programas de realidad simulada, corriendo a descargar sus nuevas canciones, ver sus películas, asistir a sus conciertos y abasteciéndose sin parar de estos o aquellos aparatos que les permitan desconectarse de la realidad, con cabezas tan ocupadas que no tendrán tiempo ni astucia para sospechar que ustedes no son dueños de sí mismos y que viven moldeados por sus propios amos, y en mayor medida por nosotros que somos los amos de todos.

Y es como dijera aquel Jesús, ¿lo recuerdan? (pregunta necia; claro que lo recuerdan porque todavía viven ustedes en una era cristianizada). Ése les decía a los de su época que por más que oyeran no entenderían; bueno, esa misma es su realidad, por eso nos entregamos al entretenimiento de esta noche de relatarles todo esto sin mayor temor. Alguno de ustedes (qué importa quién) dijo que cuando Dios quiere ocultar algo a alguien, se lo pone en la punta de la nariz; nosotros somos como ese tal Dios.

Basta ya, mucha charla. Ya los dedos se le están cansando a este sujeto que ha estado escribiendo sin parar nuestros dictados. Otro día nos volveremos a confesar con otro loco o artistilla, al que ustedes tampoco tomarán en cuenta, para fortuna nuestra y descanso de este sujeto que ya planea irse a dormir luego de aplastar la cucaracha que acaba de divisar a unos pasos de él. Al final, lo que a él le consuela es pensar que todo esto en realidad nació de su propia cabeza y no se creará realmente la sarta de sandeces que acaba de escribir, más bien se irá a dormir contemplando sus notas apuradas, su mala caligrafía, sus dedos entintados, las teclas de su computadora manchadas y sintiendo que encontró la historia que buscaba. Nosotros, un poco más desahogados y ustedes que leen, quizás satisfechos o no con la historia, probablemente disconformes con el estilo pobre de este escritor (ya entendieron que nuestra intención no era buscar a un prodigio), sospechando a ratos que tal vez sea cierto y existamos y los manejamos (y algunos pensarán: “No estaría mal, así tendríamos a quien echarle la culpa de lo que pasa en el mundo, bueno o malo”), pero reconociendo en el fondo que eso es muy descabellado; apurados porque el reloj les dice que hay que volver a la *auténtica* realidad donde pasarán la página, sonriendo bondadosamente, convencidos de que solo se trataba de un inocente cuento.

